

OBRAS
ESCOGIDAS



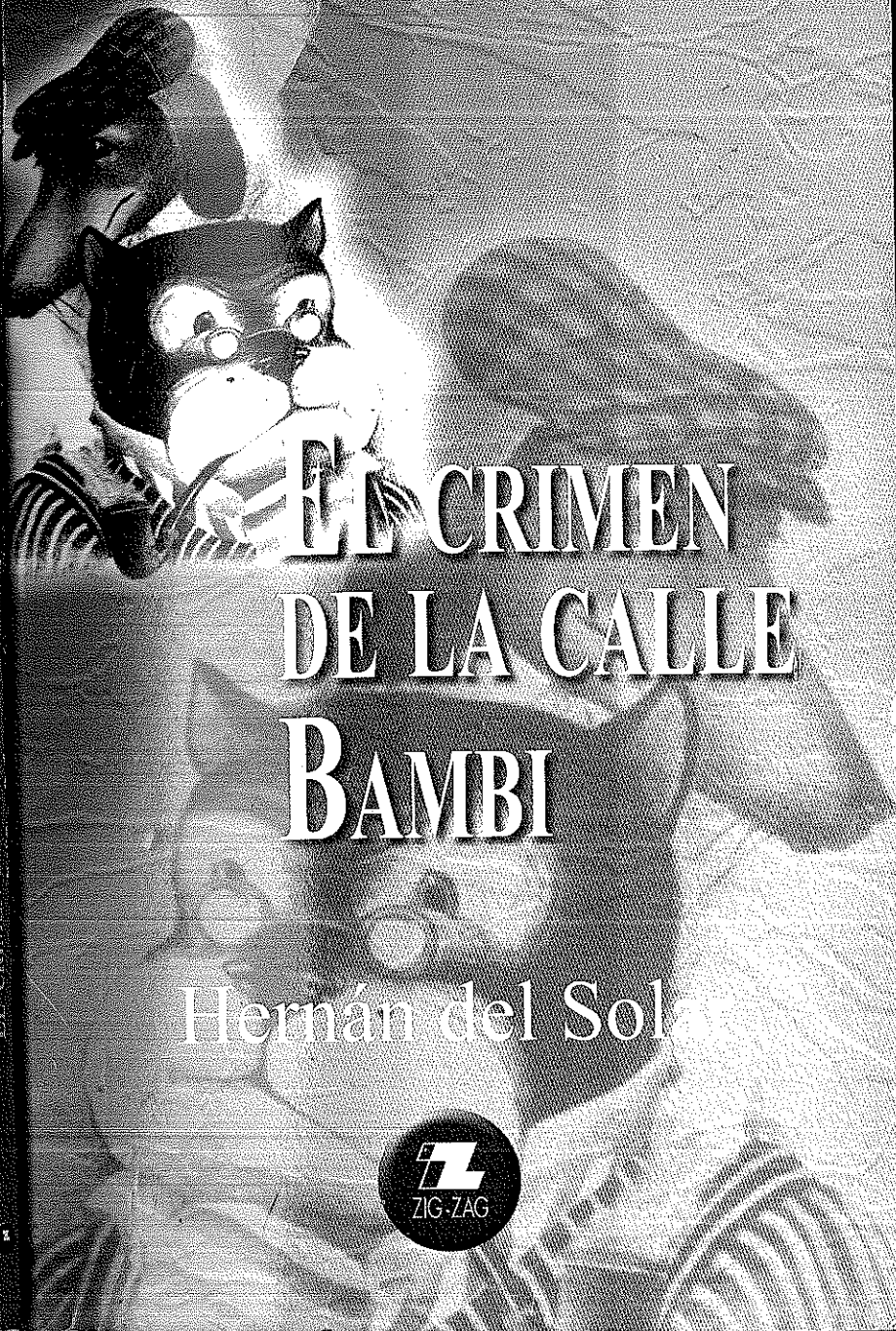
Las obras de esta
colección han sido
especialmente
seleccionadas para los
niños y jóvenes chilenos.
Sus versiones están en el
lenguaje de nuestros niños
y jóvenes, y apuntan hacia
su idiosincrasia e
intereses.



CÓDIGO 6746 - 6

HERNÁN DEL SOLAR

EL CRIMEN DE LA CALLE BAMBÍ



EL CRIMEN DE LA CALLE BAMBI

Hernán del Solar



Un visitante inesperado



—Había caído la noche y el viento aullaba con fuerza por toda la ciudad. Poco a poco se iban apagando las ventanas de las casas y el silencio empezaba a reinar en las calles. De vez en cuando pasaba algún automóvil, se oía sonar su bocina, cada vez más lejos, y de nuevo todo quedaba en absoluta calma.

—Me siento muy contento de que en una noche como ésta no me vea obligado a andar por las calles en busca de ladrones y asesinos —murmuró Nap, disponiéndose a leer un grueso libro que acababa de escoger de entre los muchos que había en su biblioteca.

—Es una suerte para los dos que esta noche podamos estar tranquilos —dijo Moisés, echándose hacia atrás en un enorme sillón, junto al fuego de la chimenea, donde le gustaba dormitar algunas horas, después de comer, hasta que se resolvía a marcharse a su cama, luego de bostezar ruidosamente y de estirarse con una pereza que siempre desesperaba a Nap.

—Y ya que estamos tranquilos esta noche, como dices —declaró Nap, sentándose junto a la lámpara—, conviene que no te duermas todavía, como de costumbre, y escuches lo que voy a leer en voz alta. Eres muy poco instruido, Moisés, y me gustaría ver que siquiera te interesas por la historia de nuestro país.

—¿Qué piensas leerme? —interrogó Moisés, poniendo cara de angustia y de aburrimiento.

—Leeremos *Introducción a la Historia de Animalandia*, escrita por el más sabio de nuestros compatriotas.

—¿El mono Birma? —preguntó Moisés, haciendo un gesto de disgusto—. Yo no sé si será sabio o no, pero la verdad es que me aburre con

sus interminables descripciones.

Nap gruñó con visible desagrado y le dijo a Moisés que, le agradara o no lo que Birma escribía, esa noche tendría que oír la lectura, sin dormirse, hasta que fuera hora de acostarse.

Moisés no contestó nada y miró la punta de sus zapatillas, prometiéndose no disgustar a su patrón, que al fin y al cabo era el que mandaba en la casa.

Y aquí —según creemos— es muy oportuno que digamos unas pocas palabras acerca de los personajes de nuestra historia. Nap era un perro bulldog, de origen francés, negro y robusto, con una pinta blanca alrededor de los ojos. Se había hecho célebre en Animalandia por una razón muy sencilla: era el mejor detective del país. No había crimen misterioso que no descubriera; y cuando se le encomendaba a Nap un caso difícil, todo el mundo estaba plenamente convencido de que, en el instante menos pensado, el misterio quedaría esclarecido como si se tratara de un simple juego. En cuanto a Moisés, era el ayudante de Nap, y pertenecía a esa raza de perros alemanes largos

como salchichas, de patas cortas y hocico puntiagudo, que siempre andan olfateando el suelo. Esta cualidad le había valido ser contratado por el famosísimo Nap, que, como buen detective, sabía que el menor rastro —ya fuese una pisada o un olor determinado— podía llevar al descubrimiento del más astuto malhechor.

—Así, pues, escucha lo que voy a leerte —dijo Nap, abriendo el libro en la primera página—. Aquí no se trata de cuentos fantásticos ni de cosa por el estilo. Es algo muchísimo mejor. Birma, el mono sabio, nos cuenta en su *Introducción a la Historia de Animalandia* cómo hemos podido llegar a ser lo que somos. ¿No te parece un tema digno de suma atención?

—Indudablemente —contestó Moisés, escondiendo un bostezo—. Escucharé lo que leas sin perder una sola palabra. Puedes empezar enseguida.

Y Nap empezó a leer con su voz sonora, de bajo profundo, que muchas veces había merecido las alabanzas de los entendidos en el arte del canto.

—“En un principio existían los hombres, y los animales eran sus esclavos —leyó Nap—.



Durante muchos siglos, los hombres persiguieron a los animales por la tierra, el mar y los cielos. Y los animales podían ser divididos en dos clases: los que fácilmente se iban con los hombres, y a éstos se les llamaba animales domésticos; y los que, resueltos a mantener su libertad, no querían pactar con los hombres de ninguna manera, y a éstos se les llamaba animales salvajes. Los animales domésticos servían para dos menesteres: para compañeros del hombre, como algunos caballos, algunos perros y algunos gatos; y para ser comidos por el hombre, como las gallinas, los patos, los cerdos y otros infelices antepasados que dieron su vida sin gloria ni fortuna cuando más se podía esperar de ellos.

”Después de innumerables acontecimientos, como luego contaremos detenidamente en este libro, los hombres llegaron a una edad que ellos llaman atómica, y nosotros llamamos civilizada. Entonces cambiaron en absoluto de conducta: se alimentaron de otra manera, nos dejaron en libertad, no quisieron saber nada más de nosotros, y todos los animales —tanto los domésticos como los salva-

jes— formamos un mundo propio: Animalandia.

”Tenemos una larga historia, una tradición que se pierde en la noche de los tiempos, y nuestro deber consiste en conocer todas esas cosas y honrarlas. Por eso escribo este libro, que seguramente todos ustedes leerán con el mismo interés con que yo lo escribo, robándole horas al sueño, porque ya estoy viejo y es mucho el trabajo que tengo por delante.

”Lo que quiero decir, ante todo, como preámbulo de la historia de Animalandia, es que con profundo agrado veo cómo a los animales más famosos de nuestra vieja historia se les recuerda con cariño. Nuestras ciudades principales, nuestros parques, nuestras plazas, nuestras calles llevan los nombres de animales que se tienen ganado el respeto de las generaciones actuales y futuras. La mayor de nuestras ciudades se llama Bucéfalo; el más hermoso de nuestros castillos, donde reside nuestro Presidente, se llama Rocinante; hay calles muy bellas que llevan los nombres de Pluto, Bambi, Jumbo, Donald, Mickey, y otros que pertenecen a nuestra vida histórica o a nuestras tradiciones literarias...”

En los momentos en que Nap llegaba a este pasaje de su lectura, se oyó en la puerta de la casa un golpe bastante fuerte, que resonó en la noche. Moisés dio un brinco en su sillón, sobresaltado, al sentir que se le despertaba de modo tan descortés. Nap dejó el libro, se sacó los anteojos, los puso encima de la mesa, y dijo a su ayudante con acento apenado:

—¡Te habías dormido, Moisés!

—No, Nap. Escuchaba atentamente, pero ese maldito golpe me ha sobresaltado.

—Y ahora tendrás que ir a ver quién es el que llama —dijo Nap.

—Se me ocurre que es el viento —repuso Moisés—. Esperemos un poco. ¡Está el fuego tan agradable!

Y ya Nap iba a continuar su lectura, convencido de que era el viento el que llamaba, cuando volvió a oírse un golpe seco, vigoroso. Moisés, rezongando, se levantó y fue a abrir. Nap le oyó hablar con alguien en la puerta, y poco después sintió unos pasos por el corredor. Y apareció en el umbral un personaje conocido y respetado: Tomasito, el loro millonario, que aunque era un poco calavera

y amaba demasiado los bailes y el bullicio, había conseguido la dirección de uno de los más importantes partidos políticos de Animalandia.

—¿Usted por aquí, y a estas horas? —preguntó Nap, asombrado—. Tome asiento, por favor. Aquí, junto a la chimenea, para calentarse un poco.

Tomasito le dio una mirada a Nap, indicándole a Moisés, con lo cual le dio a entender que deseaba hablar a solas, sin testigos.

—Moisés —dijo Nap—, ya es un poco tarde y puedes irte a dormir.

El ayudante no se hizo repetir la invitación, y con toda la rapidez que le permitían sus cortas patas subió las escaleras, hasta el tercer piso, donde tenía su dormitorio. Poco después dormía lanzando unos ronquidos que demostraban, por lo vigorosos, la robustez de sus pulmones.

La carta misteriosa

Entretanto, en la sala de la chimenea, Nap le preguntaba a Tomasito qué era aquello que le llevaba, cerca de la medianoche, a su casa. Tomasito pidió insistentemente que se le perdonara tan inesperada visita, y aseguró que las razones que tenía para hacerla eran muy graves.

—Veamos cuáles son —dijo Nap, frunciendo el ceño—. En todo caso, bien sabe usted que aquí estoy para servirle.

Entonces Tomasito entreabrió su abrigo de plumas y sacó un papel, que al ser desplegado tenía el tamaño de los periódicos de la localidad. Se lo pasó a Nap, y mientras éste lo leía, Tomasito

estiraba hacia el fuego una de sus patas, calentándose con extraordinario placer.

—Es curioso, muy curioso, y si no se trata de una simple broma, creo que vamos a tener que preocuparnos muy seriamente de este asunto —murmuró Nap.

—No es una broma —aseguró Tomasito—. Le juro que me siento aterrado, y le ruego que usted se preocupe, Nap, de esta misteriosa carta.

Lo que Tomasito llamaba una carta distaba muchísimo de serlo. No por eso, sin embargo, merecía menos atención. Se trataba, simplemente, de la primera página del diario de mayor circulación en el país: *El Ratón Agudo*. Y con lápiz rojo se había subrayado algunas palabras, de manera que leyéndolas ordenadamente, a través de la página, se tenía de principio a fin una amenaza muy inquietante. Nap leyó en voz alta:

—“Deseamos ser fuertes, alcanzar el pleno desarrollo de nuestros instintos, y no ser simples imitadores de los hombres. Nos hemos propuesto exterminar a los que se oponen a nuestros propósitos. Si deseas salvarte, retírate a tu casa de campo y no in-

tervengas en la dirección de nuestra vida pública”.

—Como usted ve, se me amenaza muy claramente —dijo Tomasito, poniendo una cara de grave preocupación que impresionó a Nap.

—No me cabe duda de que son sus enemigos políticos los que le amenazan así —murmuró Nap—. Habrá que vigilarles.

—Esta página del diario la encontré dentro de mi automóvil cuando se anunciaba que yo pronunciaría, en la inauguración de nuestro Museo Nacional, un discurso acerca de la conveniencia de mantener las más sabias tradiciones, representadas por los animales domésticos —dijo Tomasito.

—¿Y pronunció ese discurso? —preguntó Nap—. Me gustaría saber, en resumen, qué es lo que usted dijo, cómo fueron recibidas sus palabras y si ocurrió algo después.

—El Museo Nacional estaba de bote en bote el día de la inauguración. Todo el mundo lo sabe. No han hablado de otra cosa los diarios. Pues bien: yo pronuncié mi discurso y fui aplaudido de tal manera, que muchos me dijeron que no había en Animalandia un orador que pudiera compararse

conmigo. Lo que dije fue muy sencillo: estamos gobernados por el partido que representa a los antiguos animales domésticos, y no debemos dejar que los animales que vinieron de las selvas, y que no tienen sino una tradición de sangre y de muerte, logren apoderarse del Gobierno en las elecciones próximas.

—Muy bien pensado —murmuró Nap—. Pero ahora quiero saber si, después de ese discurso, le ocurrió a usted algo sospechoso.

—Comí con unos amigos en el palacio La Ballena de Jonás y estuve allí hasta después de la medianoche —dijo Tomasito—. Después me fui a casa y me acosté. Me sentía muy cansado. Apenas había apagado la luz, sentí pasos. Escuché desde mi cama, sin moverme, conteniendo la respiración. Los pasos se acercaban a mi dormitorio. Sentí que deslizaban algo por debajo de la puerta y que se alejaban después. Al principio creí que todo era una ilusión, pero encendí la luz, miré y vi que en el suelo, junto a la puerta, había un papel. Era otra hoja de *El Ratón Agudo*. Y sólo habían subrayado una palabra: "Morirás".



—¿Tiene ahí el periódico? —preguntó Nap.
 —Aquí lo tiene —respondió Tomasito, sacando la hoja de uno de sus bolsillos.

Nap la miró atentamente y la guardó, junto a la otra, en uno de los cajones de su mesa, después de pedirle al loro millonario que se las dejara, porque quería examinarlas con todo detenimiento. Luego preguntó Nap:

—¿Y no salió usted a ver quién era el que traía esa amenaza?

—Salí, pero fue inútil, pues ya había perdido mucho tiempo —respondió Tomasito—. Lo único que pude advertir fue que mi enemigo no había entrado por la puerta principal, sino por la del fondo de la casa. Y la dejó abierta al marcharse.

—¿Usted vive solo? —interrogó Nap.

—Solo. Es decir, tengo una vieja empleada, la gallina Cocora, que duerme junto a la cocina, y no sintió nada esa noche. Es un poco sorda, y no me extraña.

—¿Usted tiene plena confianza en Cocora?
 ¿No cree que acaso haya sido ella la que dejó abierta la puerta para que el otro pudiese entrar

sin tropiezos?

—Se me ocurre que no —dijo Tomasito—. Cocora es vieja y sin amigos ni amigas. Sin embargo, si usted cree que debo dudar de ella, haré lo que me indique.

—¿Hace mucho tiempo que no le da usted vacaciones? —preguntó Nap.

—Dos años. No ha querido salir. Tiene su familia en el campo, pero dice que no se aviene con sus hermanas.

—Bueno, Tomasito. Debemos tomar ciertas medidas. La primera será exigirle a Cocora que se vaya al campo. Moisés, mi ayudante, se irá a su casa, como criado suyo, y dormirá en la pieza contigua a su cuarto. Yo le daré instrucciones y, mientras tanto, me encargaré de hacer ciertas averiguaciones. Puede usted estar completamente seguro de que no le ocurrirá nada.

—Le agradezco, Nap, su generosa ayuda —dijo el loro con voz conmovida—. Y sepa usted que puede hacer todos los gastos que crea necesarios. Soy bastante rico, como usted sabe.

—Por ahora —dijo Nap—, lo primero que

haré será despertar a Moisés. Le acompañará hasta su casa. Y mañana despide usted, temporalmente, a Cocora. No quiero que nadie viva a su lado sino mi ayudante. ¿Entendido?

—¡Entendido! —declaró Tomasito, con su voz más solemne.

Entonces Nap hizo una breve inclinación de cabeza, dejó solo a Tomasito y subió al tercer piso, a despertar a Moisés.

—¡Despierta! ¡Despierta! —gruñó Nap, remeciéndole con todas sus fuerzas, que eran muchas.

Moisés dejó de roncar, lanzó un gruñido sordo y, siempre profundamente dormido, comenzó a soñar que iba montado en un elefante y que éste, en loca carrera, le zarandeaba de una manera infernal.

—¡No tan ligero, Jumbo, no tan ligero! —comenzó a gritar Moisés en su sueño.

—¿Cómo que no tan ligero? —gritó Nap—. Despierta inmediatamente, infeliz, si no quieres que te rompa todos los huesos.

Moisés abrió un ojo, luego otro, y se sentó en la cama visiblemente asustado.

—Te vestirás enseguida —le dijo Nap—.

Quiero que acompañes a Tomasito a su casa. Se trata de algo de vida o muerte. ¡Date prisa!

Y salió del cuarto, mientras Moisés empezaba a vestirse. Pero cuando Nap llegó al segundo piso, sintió un aire frío que le azotaba de repente las orejas. “Tomasito debe de haber abierto las ventanas —pensó Nap—. ¡Vaya una idea en una noche como ésta.” Y se precipitó a la sala en que había dejado al millonario. Pero se detuvo en el umbral, sintiendo que el corazón se le detenía. ¿Era posible aquello? Una de las ventanas, que daba a la calle, estaba abierta, entraba el viento en la sala, agitando las cortinas, y, en medio de la amplia pieza, tendido, yerto, se hallaba Tomasito.

El crimen de la calle Bambi



Al día siguiente, todos los pingüinos vendedores de periódicos gritaban por las calles, con voces estrepitosas:

—¡Edición especial de *El Ratón Agudo*! ¡Con el crimen de la calle Bambi! ¡El caso más sensacional de todos los tiempos!...

Todo el mundo se arrebataba los ejemplares del diario, y un par de horas después fue necesario hacer una segunda edición. El relato, ilustrado con buenas fotografías, estaba escrito con el estilo más novelesco de que fue capaz el redactor policial de *El Ratón Agudo*, un zorro aventurero que conocía a los vagabundos, los ladrones y los asesinos hasta el punto de que nadie podía competir con él en seme-

jante conocimiento, si no era Nap, el detective.

A continuación copiamos, palabra tras palabra, el relato del zorro, cuyo título, a ocho columnas, no era sino éste, con letras gigantescas: EL CRIMEN DE LA CALLE BAMBI.

“Todos los habitantes de Animalandia, desde los más ricos hasta los más pobres, se sentirán profundamente conmovidos, indescriptiblemente aterrados, al saber que el crimen más sensacional de nuestra historia ha puesto un fin irremediable a una de las existencias más valiosas del país. Nos referimos a Tomasito, el loro multimillonario, presidente del Partido de los Tradicionalistas, cuyo lema todos admiramos, porque declara, con muy pocas palabras, una de esas verdades que nadie puede discutir, y que es ésta: ‘Lo que fue siempre debe ser’. Defensor de este principio, el multimillonario se ganó el respeto de todos, menos de ese grupo de animales violentos que, con incalificable osadía, pretende cambiar la vida de nuestro pueblo y dar el poder a los descendientes de los habitantes de las selvas.

”Porque hay que decirlo con toda claridad: éste

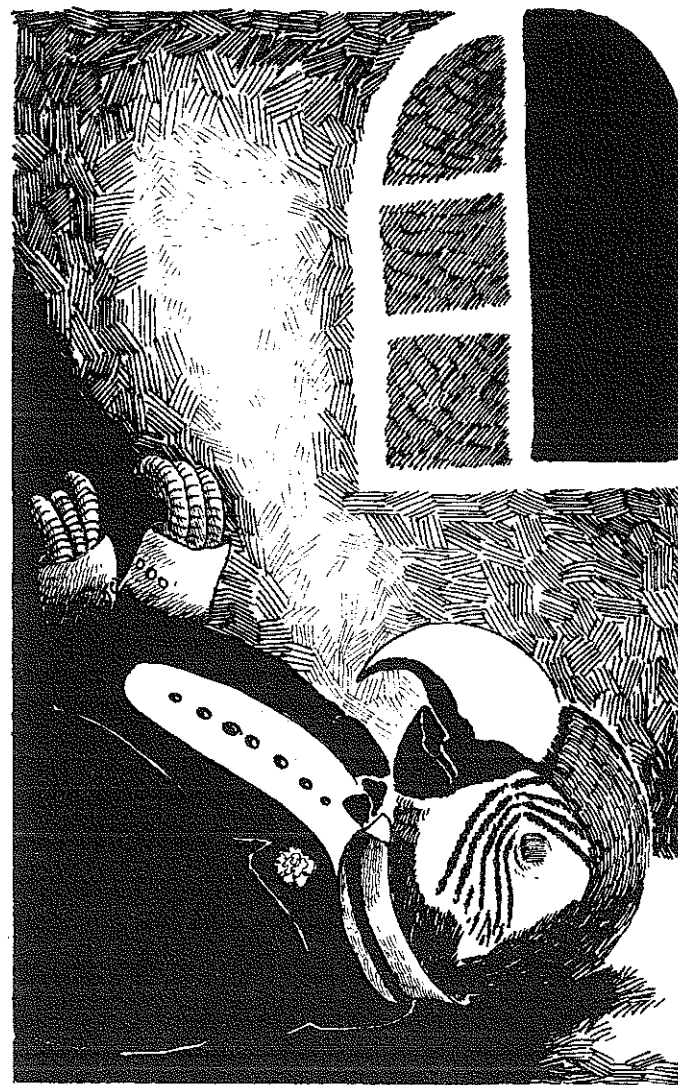
es un crimen político, y las más elementales nociones de seguridad colectiva exigen que se adopten, con toda severidad, las medidas más radicales.

”Pero no divaguemos. Atengámonos a los hechos, y que cada cual opine después como nosotros opinamos.

”Tomasito, el querido multimillonario, vivía feliz en su palacio de la calle Pluto, y a menudo nos deslumbraba con sus fiestas maravillosas. Había heredado de sus padres una cuantiosa fortuna, y sabía gastarla con generosidad. Huérfano desde hace apenas tres años, y dueño de su destino, siguió la tradición de su familia y se entregó de lleno a las actividades políticas. Cierta noche, después de haber pronunciado un discurso sensacional en la apertura de nuestro Museo, recibió una amenaza que le inquietó muy hondamente. Era la segunda que recibía en pocas horas. Entonces decidió aconsejarse de Nap, el célebre Nap, cuya visión detectivesca es la más extraordinaria de cuantas han existido hasta hoy. Así, pues, anoche, mientras por la ciudad soplaban un viento aterrador, Tomasito se deslizó por las calles y pudo llegar hasta aquella

que lleva el nombre de Bambi. Se detuvo en la casa N° 40 y llamó dos o tres veces. Nadie ignora que en la calle Bambi N° 40 vive el célebre Nap, y fue éste quien le atendió desde el primer momento. Había un buen fuego en la chimenea. Tomasito se sintió tranquilo momentáneamente. Se encontraba en casa del policía más famoso de Animalandia. ¿Qué podía amenazarle? Sin embargo, el destino es cruel, indescifrable, caprichoso, ciego, terrible y descorazonador: estaba escrito que en la calle Bambi N° 40 habría de encontrar la muerte eterna Tomasito, el multimillonario a quien todos hemos creído siempre feliz.

”Después de haber puesto en conocimiento de Nap la amenaza que pesaba sobre su vida, Tomasito se quedó solo momentáneamente, mientras Nap subía a despertar a Moisés, su ayudante, que se había recogido a sus habitaciones. El plan de Nap era el más inteligente de cuantos se hubieran podido trazar. El célebre detective pensó que Moisés debía acompañar desde esos precisos momentos a Tomasito, sin abandonarle un segundo, para proteger su valiosa vida. Pero ya hemos dicho



—o vamos a decir ahora— que la calle Bambi N° 40 estaba señalada por la suerte para que allí se cometiera el crimen feroz. Cuando Nap bajaba las escaleras de su casa, dirigiéndose a la sala en que había dejado a Tomasito, se encontró con una de las ventanas —la que da hacia la calle— de par en par, y el multimillonario yacía, con los ojos vidriosos, sin vida, en el suelo.

”Hemos alcanzado a cambiar algunas palabras con Nap, el detective, y nos ha dicho que por ahora no puede adelantarnos nada. Pero a una pregunta nuestra de si cree o no que éste es un crimen político, Nap nos ha contestado con una significativa mirada. Dejemos en sus manos este caso sensacional y aguardemos nuevas noticias. No dudamos de que serán sobrecogedoras y que llenarán de horror a los pacíficos habitantes de nuestra bella ciudad. Nosotros, en cumplimiento de nuestras obligaciones periodísticas, mantendremos constantemente informados a nuestros lectores de todo lo que ocurra.”

Todos leían una y otra vez el relato del crimen y se hacían las más contradictorias conjeturas.

Hubo tal agitación, que muchos desearon ir a quemar el club político en que se reunían los contrarios a las ideas de Tomasito. Se hizo necesario poner una fuerte guardia ante sus puertas.

Mientras tanto, las estaciones de radio de todo el país, cada cinco minutos, repetían estas curiosas palabras:

“Podemos anunciar a nuestros auditores que la investigación del crimen de la calle Bambi sigue su curso normal. Nap ha encontrado, al parecer, una pista segura. Dentro de unos momentos volveremos a informar, con nuestra acostumbrada prontitud, acerca de otros detalles reveladores. Mientras tanto, pedimos calma a nuestros radioescuchas, y les rogamos que oigan con atención ‘Sonata para tres cuernos N° 18’, de que es autor el divino búho Tricola, orgullo de Animalandia”.

En todas partes, en las casas, continuamente, sonaban con estrépito los receptores de radio, y había zorros, cuervos, ratas, lechuzas, cerdos que escuchaban sin pestañear las músicas de cámara y de baile que, repentinamente interrumpidas, daban paso a los anuncios de los últimos jabones, de las

mejores píldoras y de las noticias del crimen.

De repente, hubo en toda la ciudad una extraordinaria conmoción. Las radios dejaron oír unas trompetas, pidiendo atención inmediata, y luego dijeron los numerosos locutores, casi a un mismo tiempo:

“Se nos acaba de comunicar que el crimen de la calle Bambi se complica tan misteriosamente, que los más perspicaces sabuesos, entre ellos Nap, el inigualable, se inclinan a pensar que éste será el caso más difícil de cuantos puedan presentarse en muchos años. Ya todos nuestros auditores saben que el cuerpo de Tomasito no presentaba lesión alguna cuando fue encontrado por Nap, a unos cuantos pasos de la chimenea de su casa. Pues bien: mientras se asesinaba a Tomasito en la calle Bambi, también era asesinada la criada del multimillonario, la gallina Cocora. Y tampoco hay en su cuerpo la menor huella de violencia. Este nuevo crimen, de la calle Pluto, ha llenado de consternación al vecindario. Interrogados los habitantes de las casas más próximas, han declarado no haber oído ningún rumor sospechoso. El cuerpo de Co-

cora ha sido trasladado a la Morgue, donde será examinado. En cuanto al cadáver de Tomasito, se encuentra en estos instantes en el Hospital La Paloma del Arca, donde, por orden judicial, se le hará la autopsia dentro de corto tiempo. Rogamos, pues, a nuestros auditores que se mantengan alerta, pues no tardaremos en comunicar la opinión de nuestros médicos más prestigiosos”.

El misterio de la calle Pluto



Volvamos ahora al lado de nuestro amigo Nap y tratemos de saber qué ha sido de él, mientras los periódicos y las radios han estado dando tan sensacionales noticias.

Habíamos dejado a Nap en los momentos en que, al entrar en la sala del primer piso, donde ardía el fuego de la chimenea, se encontró con una ventana abierta y con el cadáver de Tomasito tendido en el suelo. Nap dio entonces grandes gritos, llamando a su ayudante, y Moisés no tardó en bajar, con ojos asustados.

—Han matado a nuestro amigo —dijo Nap—. Cierra esa ventana. Y corre a darle aviso al juez.

—Mejor será que yo no toque la ventana —dijo el ayudante—. Puedo borrar las huellas del asesino.

—Saca del armario unos guantes, pónelos y cierra esa ventana, porque con este viento no vamos a poder seguir aquí —declaró Nap, con voz autoritaria.

Obedeció Moisés, y al cabo de unos minutos partía en el automóvil de Nap camino de la casa del juez de turno, un cuervo respetado por la rectitud de sus juicios.

Apenas Nap se quedó solo, abrió las narices y respiró con fuerza. Sintió un olor apenas perceptible y se acercó a la chimenea. Se inclinó a mirar atentamente. Y vio, entre los grandes leños que se quemaban, unos pedazos de papel, ya casi del todo devorados por el fuego. Entonces Nap, con suma presteza, corrió al cajón en que había guardado las dos hojas del diario *El Ratón Agudo*, en las cuales se amenazaba a Tomasito. Las hojas habían desaparecido. Esto hizo fruncir los ojos a Nap, que encendió una pipa y empezó a pasearse por la sala, sumido en profundas reflexiones.



“El asesino —pensaba Nap— ha seguido hasta aquí a Tomasito. Nos ha estado espiando por la ventana. Cuando ha visto a Tomasito solo, no ha querido perder tiempo, se ha introducido en la sala, lo ha asesinado, y después ha tomado del cajón las dos hojas del periódico y las ha echado al fuego. No cabe duda de que el asesino tiene sangre fría, valor y grande astucia. Tendré que recurrir a toda mi inteligencia para conseguir ponerle la mano encima.”

Y Nap, al pensar esto, se había aproximado a la ventana, sin darse cuenta. Entonces dio de repente una chupada profunda a su pipa, echó un chorro de humo por las narices, y se preguntó con inaudito asombro:

“¿Cómo ha podido abrir la ventana desde afuera? Es imposible. Lo único que ha podido ocurrir es que yo me haya olvidado de cerrar bien esa ventana. Y ha bastado empujarla para abrirla. Pero, entonces, ¡Dios mío!, ¿cómo es que no la abrió antes el viento?”

En esos instantes llamaron a la puerta. Era Jerónimo, el gato de Angora, uno de los más

afamados médicos de la ciudad, que acudía al llamado telefónico que Nap le había hecho apenas cometido el crimen. Jerónimo le dio una mirada a Tomasito y opinó:

—No hay nada que hacer. Está muerto, sin duda.

Y comentando el caso con todo detenimiento, esperaron la llegada del juez, que no demoró mucho.

—Todo esto me parece muy misterioso —declaró el juez, en cuanto Nap terminó su larga declaración—. Creo que lo más conveniente es hacerle la autopsia a Tomasito. Me inclino a pensar que ha sido envenenado. ¿Cómo? Eso lo dirán los médicos.

Entonces, como concesión especial, se decidió que Tomasito sería llevado al Hospital La Paloma del Arca, donde al día siguiente se le haría el examen capaz de lanzar alguna luz sobre el impenetrable misterio de su muerte.

Antes de que el juez se marchara, Nap le pidió autorización para visitar la casa de Tomasito, en la calle Pluto.

—Acaso allá encuentre algún detalle de inte-

rés para la pesquisa —dijo el detective.

—Estamos en la obligación de agotar todos los medios que puedan ponernos en una pista segura —murmuró el juez, estrechando la mano de Nap, y retirándose poco después en compañía del médico.

Nap esperó que vinieran en busca del cuerpo de Tomasito, y apenas se lo llevaron al hospital abrió un cajón, sacó un manajo de llaves, una linterna y una pistola.

—Vamos —le dijo a Moisés—. Quiero llegar hasta la calle Pluto y examinar la casa de Tomasito.

Partieron en automóvil y al cabo de diez minutos se detenían ante la casa. Bajaron. La calle estaba dormida. No había luz en una sola ventana. Nap tocó el timbre. Volvió a tocarlo. Nadie salió a abrir.

—Entraremos, entonces, de otra manera —dijo Nap, sacando su manajo de llaves.

Y poco después el detective y su ayudante penetraban en un elegante vestíbulo. Encendieron la luz y vieron que todo estaba en orden. En un rincón había una vieja percha, y bajo ella una placa de

metal. Se acercaron y pudieron leer estas palabras: “Esta percha perteneció a mis abuelos. Fueron loros del Brasil, alegres y despreocupados”.

En uno de los muros había un retrato magnífico, del mejor pintor de Animalandia. Era un loro grueso, de mirada astuta.

—Éste era el padre de Tomasito —dijo Nap—. Fue un loro respetable, trabajador y supo reunir una fantástica fortuna.

Pero no estaban allí para admirar los objetos de arte. Habían ido a algo mucho más urgente. Y Nap, seguido de Moisés, comenzó a recorrer la casa. Había un silencio absoluto. Todo estaba en orden. En el dormitorio de Tomasito, la cama estaba lista para recibir a su dueño. Junto al velador se veían unas zapatillas de piel fina.

Siguieron inspeccionando. Pasaron ante la cocina y dieron una mirada adentro. Pudieron admirar una gran limpieza. Y, no lejos de la cocina, había un cuarto. La puerta estaba cerrada.

—Aquí duerme Cocora, la empleada de Tomasito —dijo Nap.

Golpearon. No hubo la menor señal de que se

les hubiera oído.

—Tiene el sueño más pesado que yo —comentó Moisés.

Volvieron a golpear, y como no tuvieran respuesta, Nap abrió la puerta y encendió su linterna antes de entrar.

—¿Qué es esto? —dijo Nap en voz alta.

De un brinco estuvo junto a la cama. Allí reposaba Cocora, con los ojos muy abiertos, inmóvil.

—Está muerta —dijo Nap, después de ponerle el oído junto al corazón.

Poco después daban el aviso correspondiente, y Cocora era conducida a la Morgue.

—Este crimen es tan raro como el otro —murmuró Nap, pensativo—. No hay señal alguna de violencia. Realmente, no me explico este caso ni el anterior. No se ve la menor huella de que haya entrado alguien en la casa. Todas las puertas y ventanas están cerradas. Seguramente me romperé la cabeza y no descubriré nada.

—Eso es imposible —declaró Moisés—. No se ha dado el caso todavía de ver a Nap, el mejor de nuestros detectives, derrotado por un asesino.

—¡Calla, adulador! —dijo Nap, malhumorado—. Aquí no se trata de un solo asesino. Son dos, sin duda alguna.

—Aunque fueran trescientos mil —replicó Moisés, muy contento de haber dicho una cifra considerable.

—¡Vámonos a casa! —gruñó Nap—. Mañana volveré a examinarlo todo con mayor atención.

El cadáver desaparecido



Al día siguiente, mientras los diarios y las emisoras de radio comunicaban lo mejor posible al público las noticias que se conseguían, Nap y su ayudante descansaban unos momentos en su casa de la calle Bambi. De pronto sonó el teléfono. Acudió Moisés, rezongando. Y fue después al cuarto de Nap a darle una extraña noticia:

—Le llaman del Hospital La Paloma del Arca —dijo—. El doctor Jerónimo le ruega que no tarde. Asegura que se trata de algo de suma importancia.

—Saca el automóvil, Moisés —ordenó Nap—. Dentro de dos minutos estaré listo.

Y el automóvil partió a tal velocidad, que todo el mundo, en las calles, se volvía a mirarlo.

—Ésos se matan hoy mismo —decían los transeúntes—. ¡Qué locos! ¡Ni los hombres han sido nunca capaces de tanta temeridad! ¡Da vergüenza pertenecer a Animalandia! ¡Ya no hay leyes ni castigo para los malvados!

—Así es —comentó una lechuza malhumorada—. Todos los días estamos viendo accidentes del tránsito. Y sólo terminarán cuando se castigue severamente a los que se dejan llevar por el vértigo de la velocidad.

Nap, en tanto, corría como si pretendiera batir un récord, y Moisés iba aferrado de la bocina, de manera que el bullicio era infernal. En un abrir y cerrar de ojos estuvieron a las puertas de Hospital La Paloma del Arca. Nap saltó del automóvil y corriendo se dirigió a la oficina del médico.

Encontró a Jerónimo examinando una radiografía. Apenas vio asomar a Nap, el médico fue a su encuentro y le dijo con verdadera angustia:

—¡Tomasito ha desaparecido!

—No es posible —murmuró Nap.

—Sí, Nap. Ha desaparecido. Lo teníamos en un cuarto de operaciones, en el segundo piso. Y cuando hemos subido a hacerle la autopsia, no lo hemos encontrado.

—¿Qué piensa usted de esto, doctor? —interrogó Nap.

—Que se han robado su cadáver. Han elegido la hora en que almuerzan los enfermeros, seguramente. Nadie los ha visto. No han dejado la menor huella.

—Es una osadía realmente asombrosa —comentó Nap—. ¿Podría llevarme, doctor, a la sala en que pusieron a Tomasito?

—Con el mayor gusto, Nap. Vamos inmediatamente.

Cruzaron unos amplios corredores. Subieron al segundo piso. Al fondo de un largo pasillo se detuvieron ante una sala.

—Aquí es —dijo el médico.

Apenas entraron en la sala de operaciones, Nap sacó una lente poderosa y comenzó a examinar los bordes de la mesa en que había estado tendido el cuerpo de Tomasito; después examinó

el suelo con mucha atención, y, sin decir palabra, guardó la lente y le preguntó a Jerónimo:

—¿Había quedado cerrada con llave la puerta?

El médico reflexionó unos instantes y declaró después que seguramente la puerta había quedado cerrada, aunque no era capaz de certificarlo; y agregó que sería fácil saberlo enseguida, pues bastaría llamar al encargado de las salas que había en ese piso. Pero Nap hizo un gesto de indiferencia y declaró que no valía la pena averiguar nada.

—¿Es que ha encontrado algo realmente revelador? —preguntó el médico, ansioso.

—Creo que sí —contestó enigmáticamente Nap, empezando a llenar la pipa que acababa de sacar de uno de sus bolsillos.

El doctor Jerónimo no quiso preguntar nada más; conocía a Nap y sabía que serían vanas todas sus preguntas. Cuando Nap se dedicaba a pesquisar un caso difícil, guardaba silencio constantemente; sólo respondía con vagos gruñidos y, al final, cuando ya tenía en sus manos todos los hilos del misterio y los asesinos caían en su poder, tampoco era más locuaz. “Las cosas son para hacerlas, y no



para contarlas”, solía decir Nap, y todo el mundo respetaba su opinión.

Bajaron, pues, el detective y el médico y se despidieron en la puerta del hospital. Moisés aguardaba a su jefe en el automóvil.

—¿Ha encontrado alguna pista? —preguntó el ayudante al poner en marcha el motor.

—Vámonos a casa —respondió Nap, como si no hubiera oído la pregunta.

En la calle Bambi N° 40 esperaba a Nap el jefe del partido político contrario al de Tomasito. Era un tigre viejo, de aspecto respetable, enormes bigotes blancos y mirada muy intensa.

—He venido a verle, Nap —dijo el tigre—, porque deseo con toda mi alma que se descubra cuanto antes el misterio de la muerte de Tomasito. Se rumorea que hemos sido nosotros los que le hemos asesinado. Cuando alguno de nosotros pasa por las calles, le gritan: “¡Asesino!” Y esto es insufrible. Yo le aseguro a usted que nosotros nada tenemos que ver en este misterioso caso. Y estamos dispuestos a ayudar, en la medida de nuestras fuerzas, para que pueda comprobarse que

somos inocentes.

—Yo no lo he dudado nunca —respondió Nap—. Puede irse tranquilo.

El tigre viejo hizo una ceremoniosa inclinación de cabeza y se marchó. Moisés, que había escuchado la conversación, se acercó a Nap y le preguntó:

—¿De modo que éste no es un crimen político? ¡Qué interesante, jefe! Así se complican más las cosas y recogeremos mayor gloria cuando consigamos aclarar el misterio. Y si usted me permite dar mi opinión, le diré que no sería raro que en todo esto anduviese metida una lora pizpireta y temible.

Nap se puso serio y respondió:

—Si es como tú dices, Moisés, te dejaré a ti la misión de conquistarla, para que la obligues a confesarlo todo.

Moisés no vio una leve sonrisa en el rostro siempre severo de Nap, y se sintió muy contento de la misión que se le encomendaría.

—Haré lo que pueda —murmuró el ayudante—. Soy capaz de todo, con tal de descubrir

este misterio.

Nap subió a su cuarto, y al bajar dijo a Moisés:

—Si vienen los periodistas, contéstales lo que creas más conveniente. Lo único que no debes decir es el sitio en que me encontraré. Dentro de una hora llama a la Morgue y pregunta si algo se sabe ya acerca de cómo murió Cocora. Luego me llamas a la calle Pluto, a casa de Tomasito. Allí esperaré tu llamada.

—¡Entendido! —respondió Moisés—. Ya verá usted, jefe, cómo los periodistas quedan muy contentos de mis informes.

Nap no oyó estas últimas palabras, pues ya había salido. No subió en el automóvil que le aguardaba a la puerta. Con grandes y sonoros pasos echó a andar camino a la calle Pluto.

Poco después, los periodistas que habían hablado con Moisés por teléfono o personalmente, comunicaban, a través de las estaciones de radio y en suplementos de sus diarios respectivos, las más extraordinarias noticias. El locutor de una emisora decía, por ejemplo:

“Estamos en situación de adelantarnos a todos

nuestros colegas y de informar acerca de la verdad del crimen de la calle Bambi. El multimillonario Tomasito ha sido asesinado por orden de una lora aventurera, que comanda a un grupo de peligrosos malhechores. El célebre Nap se halla en la pista segura. Nadie sabe en estos instantes dónde se encuentra, pero puede adivinarse fácilmente que a la lora temeraria y asesina le quedan muy escasas horas de libertad”.

Nap en la casa desierta

Para no entrar por la puerta principal, el detective dio un largo rodeo y se dirigió al fondo del jardín de la casa de Tomasito. El jardín daba a una callejuela angosta. Las tapias no eran muy altas y por encima asomaban unos grandes árboles. Nap cruzó la calle, que estaba silenciosa. Las casas de enfrente parecían deshabitadas. No había nadie en las ventanas. El detective miró a uno y otro lado y después, con agilidad atlética, se trepó en la tapia, tomó la rama de un árbol, se balanceó en ella y se dejó caer al jardín. Lo atravesó rápidamente y llegó a la puerta trasera de la casa. La abrió con una de sus llaves y, apenas volvió a cerrarla, se detuvo a

mirar el suelo. Entonces sonrió a pesar suyo. Y tenía razón para hacerlo, indudablemente, pues cuando había estado antes en la casa, en compañía de su ayudante, tuvo la precaución de desparramar ante esta puerta una buena cantidad de arena muy fina. Y de este modo advirtió las huellas de unos pasos. Alguien, pues, había entrado en la casa hacía poco. Pero ya no estaba en ella, pues había pisadas que se dirigían hacia el interior de la casa y otras vueltas hacia la salida.

“En realidad —se dijo Nap—, esto no hace sino complicar las cosas, exactamente como yo me lo temía.”

Y sin preocuparse más de los rastros que había en el suelo, el detective empezó a examinar todos los cuartos. Principió por el dormitorio de Cocora. En una mesita que se encontraba a la cabecera de la cama había un vaso con agua, más o menos hasta la mitad. Esto fue lo único que pareció interesar al detective.

Visitó muchos otros cuartos, pero sin detenerse largamente en ellos. En cambio, cuando entró en el escritorio, cerró cuidadosamente la puerta,

como si temiera que alguien viniese a molestarle. Era evidente que se aprestaba para hacer un examen detenido de todo lo que allí había.

El escritorio era amplio. En los muros, en aquellas partes en que no había biblioteca, se admiraban unos cuadros firmados por buenos artistas de Animalandia. Había, por ejemplo, un paisaje muy hermoso; era una mañana de sol, en el campo, y unas esbeltas garzas bailaban en el césped. En un rincón se veía una estatua, que representaba a una corza, en actitud de baile, tocando una flauta.

“No cabe duda de que al pobre Tomasito le gustaba la buena vida”, pensó Nap, meneando tristemente la cabeza.

Al centro de la pieza estaba el escritorio. Nap abrió los cajones y revolió los papeles. Los clasificó minuciosamente, reuniendo en montones separados las cartas, las cuentas, dos o tres libretas con direcciones, unos recortes de periódicos.

“Los examinaré después”, se dijo Nap, levantándose y dirigiéndose a la biblioteca.

En los principales anaqueles había obras clásicas, de historia, de filosofía y de otras importan-

tes ramas del saber. Todos los volúmenes estaban lujosamente encuadernados. Nap tomó uno al azar. Se titulaba: *La Historia de las Primeras Guerras de los Tigres*. Abrió el volumen y advirtió que nunca había sido leído.

Poco después, al dirigirse al otro extremo de la biblioteca, se apoyó de repente en el muro y vio, con gran sorpresa suya, que el muro se abría para mostrar una hilera de libros en rústica, amontonados de cualquier manera en los anaqueles. Estos libros estaban ajados, y demostraban de modo muy claro que su dueño los había leído muchas veces. Lleno de curiosidad, Nap empezó a examinar los títulos. Leyó algunos en voz alta: *El Misterio del Tren Subterráneo de la Medianoche*, *La Alondra Envenenada*, *El Enigma de los Escarabajos Vagabundos*, *La Encrucijada del Erizo*.

—¡Demonios! —exclamó Nap—. Veo que las novelas policiales y de aventuras fueron la debilidad de Tomasito.

Y sonrió al pensar que esta predilección por los libros de semejante índole la comparte más o menos todo el mundo, aunque son pocos los que



la confiesan.

“Yo también soy un buen lector de aventuras —se dijo Nap—. Y hasta tengo en mi biblioteca algunas excelentes traducciones de obras escritas por los hombres. Son volúmenes muy valiosos. Los imprimió el viejo Cimento hace más de noventa años.”

Nap tomó uno de los volúmenes —*La Encrucijada del Erizo*— y lo abrió por simple curiosidad. Vio que había párrafos enteros subrayados. Leyó una de las frases y se rió de buenas ganas. El libro decía en aquel pasaje: “El crimen perfecto no se ha cometido aún. Todos los demás se descubren”.

—¡Hum! —gruñó Nap, dejando el libro en el anaquel—. Yo creo que el crimen perfecto se ha cometido ahora...

Y encendió precipitadamente su pipa, lo cual era inequívoca señal de que se hallaba preocupado.

Continuó unos minutos más en el escritorio, y después salió al pasillo. Era impresionante el silencio que reinaba en la casa. En alguna pieza, un reloj de péndulo sonaba su monótono tictac.

El detective se dirigió al dormitorio de To-

masito. Reinaba un orden perfecto en la pieza. Nap sacó su lente y comenzó a examinar el suelo. Después se levantó y fue al cuarto contiguo: la sala de baño.

Pegada encima de un espejo había una página de periódico. Nap se acercó. Alguien había subrayado con lápiz rojo algunas palabras. Como era un ejemplar de *El Ratón Agudo* en que se anunciaba la muerte de Tomasito, el nombre de Nap aparecía en la página, y estaba subrayado. El detective leyó:

“Nap morirá como Tomasito”.

—¿También se me amenaza? —gruñó el detective, e instintivamente llevó la mano al bolsillo en que tenía el revólver.

Después empezó a examinar cuanto había dentro de un alacena, cuya puerta se cubría con un espejo. No parecía haber nada interesante: una máquina de afeitar, una brocha, unos jabones, algunos frascos. Nap tomó cada uno de estos objetos y los examinó detenidamente, como si para él pudiesen ser reveladores. De pronto encontró un frasco angosto y largo, de un material irrompible, parecido al vidrio. Estaba lleno de píldoras negras.

Sólo faltaban tres para que el frasco estuviese colmado. Nap lo puso en su bolsillo y salió de la pieza, para volver al escritorio. Allí tomó las libretas con direcciones y las guardó también. Y ya iba a examinar las cartas, con su acostumbrada prolijidad, cuando sonó el teléfono. Se levantó lentamente:

—¡Aló! ¿Eres tú, Moisés? Ya hace rato que esperaba tu llamado. ¿Hablaste con el médico de la Morgue? ¿Sí? ¡Ah! Muy bien. Dentro de algunos minutos estaré en casa, de regreso.

Volvió al escritorio, metió en sus bolsillos las cartas y salió, pero esta vez por la puerta principal. También había allí arenilla desparramada; pero no se veían huellas de pasos.

Moisés sigue su propia pista

Cuando Nap entró en su casa, se asombró del silencio que reinaba en ella.

“Han asesinado a Moisés —pensó—. La amenaza que se me ha hecho también ha alcanzado a mi pobre ayudante.”

Y Nap comenzó a gritar con su voz más poderosa:

—¡Moisés! ¡Moisés!...

Entonces advirtió, encima de una mesa, un papel. Corrió a leerlo. Había sido escrito precipitadamente por su ayudante y decía:

“Jefe: Mi deber es ayudarle. Ya le he comunicado por teléfono que desde la Morgue han dicho

que Cocora murió envenenada. La naturaleza exacta del veneno no ha podido ser definida aún. Así, pues, usted no me necesita para nada ahora, y yo puedo serle muy útil fuera de casa. He decidido colaborar con usted siguiendo mi propia pista”.

Nap se encogió de hombros, visiblemente desagradado; pero prefirió dominar su ira y sentarse tranquilamente en un sillón a leer las cartas que se había traído de casa del asesinado.

Pasaron dos o tres horas, y ya Nap había leído las cartas y tomado algunas notas, cuando se abrió la puerta y apareció Moisés, muy contento.

—¿De dónde vienes? —preguntó Nap, gravemente.

—Ante todo —dijo el ayudante—, vuelvo a repetir que me perdone, Nap. Me he atrevido a meterme personalmente en este grave misterio y me parece que usted va a tener que felicitarme. No me resigno a ser un simple ayudante, sin iniciativa alguna. Quiero que usted pueda decir en voz muy alta: Moisés, francamente, es mi brazo derecho.

—Nada te he pedido —murmuró entre dientes Nap—. De todas maneras, quiero saber qué tonte-



ría has hecho en mi ausencia.

—¿Tontería? —preguntó Moisés, profundamente herido—. Jefe, yo creo que no repetirá usted esa palabra cuando sepa lo que he logrado descubrir.

—Habla —dijo simplemente Nap.

—Desde que Tomasito fue asesinado —comenzó a decir Moisés—, todo el mundo hace los comentarios más contradictorios. Y a mí me gusta prestar oídos. Usted siempre dice, jefe, que hay que prestar suma atención a los hechos. Y yo me pregunto: ¿no son hechos los comentarios que se hacen por aquí y por allá?...

—Acorta tu historia lo mejor que puedas —interrumpió Nap—. No tengo tiempo que perder.

—Pues bien: si éste no ha sido un crimen político, como le oído decir a usted, jefe, tiene que ser, forzosamente, un crimen de otra naturaleza, como todo el mundo murmura, ¿no es cierto? —dijo Moisés—. Esta idea de muchas personas inteligentes y astutas la he compartido yo plenamente. Y decidí, por eso, averiguar qué amigos y amigas tuvo Tomasito. Para eso me fui a charlar

con uno de sus vecinos, el cerdo Groñi, que tiene un restaurante de lujo en la esquina. En cuanto supo que yo era de la policía, se puso locuaz. Y me dio una lista de nombres que hubiera mareado a cualquiera. ¡Qué de amistades las de Tomasito! Pero de repente apareció el nombre de una actriz, Maraña, la lora rubia que trabaja en el Teatro La Serpiente del Paraíso. Inmediatamente no quise oír más. Averigüé dónde vivía, y como nadie supo informarme, me fui al teatro. Tuve suerte, pues estaba ensayando el tercer acto de la obra histórica "Los Centauros". Me hice conducir a su camarín y aguardé allí, sentado frente a un espejo. De pronto se abrió la puerta y apareció Maraña. Dio un grito y me preguntó muy enojada qué hacía yo allí. Le respondí sin muchos preámbulos: "Policía". Se puso intensamente pálida, cerró la puerta y se acercó a hacerme mil preguntas. Entonces la hice callar, diciéndole: "El que ha de preguntar soy yo. Usted, lorita rubia, no espere conmovirme ni con sus llantos ni con sus risas. Escuche lo que voy a decirle y responda con toda exactitud a mis preguntas". Palideció un poco más y me dijo:

“Hable, señor. Le juro que contestaré la verdad. Yo siempre he sido honrada”. Entonces le declaré sinceramente, mirándola a los ojos, para ver cómo reaccionaba: “De si es honrada o no, otros habrán de decirlo. Por el momento, sepa usted que se la acusa de asesinato. Usted ha ordenado matar a Tomasito”... Y no alcancé a decir más, jefe, como yo hubiese querido, pues la rubia Maraña se desmayó sin dar un solo grito. Quedó inmóvil, con los ojos en blanco. ¿Se puede pedir mejor prueba de su culpabilidad?

—¿Y qué hiciste con ella? —preguntó Nap, siempre severo.

—Le eché agua encima, hasta hacerla recordar, y luego le dije que se quitara rápidamente su traje de teatro y me siguiera. Lloró, suplicó, pero la obligué a obedecer. Estas actrices siempre niegan al principio, pero confiesan después, Nap. Ahora todo depende de la astucia con que usted la interrogue. Yo la tengo detenida, bajo mi responsabilidad, en el Cuartel de Policía de los Bisontes. Podemos ir allá inmediatamente. Me figuro que no hay tiempo que perder.

Nap dio un terrible puñetazo en la mesa y ordenó con voz airada:

—Llama inmediatamente al cuartel y pide que pongan en libertad a Maraña. Eres un imbécil, mi pobre Moisés. En vez de ayudarme, has provocado un escándalo mayúsculo. Ahora todos los periódicos tomarán el nombre de Maraña y lo dejarán por los suelos. Y te aseguro que la infeliz es inocente.

Moisés se levantó con cara desfallecida, fue al teléfono y cumplió las órdenes de Nap. Entretanto, el detective buscaba una dirección en una libreta de notas personales, la apuntaba en un papel, y después de decirle a Moisés que no se moviera de casa, partía velozmente en su automóvil.

“¿Dónde demonios puede haber ido? —se preguntó el ayudante—. No me cabe la menor duda de que se ha enfadado conmigo. Ahora ni siquiera me comunica sus impresiones ni me informa acerca de sus pasos. ¡Tanto peor para él! Si le tienden alguna trampa y se encuentra en peligro, no podré socorrerle.”

Sonó el teléfono. Era el director de *El Ratón*

Agudo. Deseaba saber por qué se había apresado a Maraña, para ponerla en libertad. Moisés se pasó una mano por la frente. Transpiraba como si lo hubieran metido en un baño turco, muy de moda entre los animales gordos del país.

—¿No sabe usted qué contestarme? —preguntó malhumorado el director—. Le ruego que no guarde secretos inútiles, porque mi diario está dispuesto a descubrir la verdad, aunque sea comprometiendo a los más altos personajes del país. ¿Me ha oído?

—Sí, señor —susurró Moisés—. He oído perfectamente. Pero, por desgracia, usted no habla con Nap, sino con Moisés, su ayudante. Y yo no sé absolutamente nada.

—¿Ni siquiera dónde está Nap ahora, para poder llamarle? —preguntó el director, cada vez más violento.

—No sé nada, nada —murmuró Moisés—. Lo único que puedo decirle, señor, se lo juro, es que Maraña ha sido puesta en libertad porque no tiene nada que ver en este asunto. Todo se ha debido a una equivocación.

—Ya son muchas las equivocaciones y los misterios —gruñó el director—. Mi diario gritará la verdad a todos los vientos, aunque se hunda Animalandia. ¿Me ha entendido?

Y colgó el fono con tal furia que hizo temblar el oído de Moisés.

“¡Menuda historia esta en que me he metido! —pensó—. Si *El Ratón Agudo* nos ataca, Nap me despedirá. Lo mejor que puedo hacer es ir a hablar con el director y confesárselo todo. ¡Ay, Dios mío! ¡Cuántos sinsabores hay que sufrir antes de alcanzar la gloria!”

Nap trabaja activamente

Mientras tanto, el automóvil de Nap cruzaba las calles principales y se dirigía, velozmente, hacia una avenida, llamada del Gato con Botas, que llevaba directamente fuera de la ciudad. Ya había anochecido. Era una noche clara, repleta de estrellas y con una luna redonda y brillante.

El automóvil se detuvo frente a un edificio inmenso, situado en pleno campo. En la fachada había una placa de cobre, que decía con grandes letras:

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
QUIMICAS DE ANIMALANDIA.

—¡Qué mala suerte! He llegado tarde. ¡Ya está cerrado el Instituto! —murmuró Nap.

—¿Desea algo el señor? —preguntó una voz junto a la portezuela del automóvil.

Nap vio a un monito de librea, en cuya gorra estaba escrito el nombre del Instituto.

—Deseo hablar con el director del establecimiento, el doctor Probeta —dijo Nap.

—Lo encontrará en el pequeño pabellón de la derecha, pasado el jardín. Ésa es su casa —dijo el mono.

Nap dio las gracias, puso en marcha el motor y se detuvo ante el pabellón indicado. Era una casita blanca, con amplias ventanas. Por los muros trepaban unas hermosas enredaderas.

Nap descendió del automóvil, tocó el timbre y poco después era introducido a una salita pequeña, en que no había sino una mesa, con un jarrón lleno de flores, unas cuantas sillas y, en los muros, retratos al óleo de los más famosos químicos de Animalandia. Al cabo de unos minutos entraba en la sala el doctor Probeta, un mono gigantesco.

—¿Tú por aquí, Nap? —preguntó—. ¡Bienvenido, como de costumbre! ¿En qué puedo servirte?

—Se trata de algo urgentísimo, querido Probeta. Ya sabes que ha sido asesinado Tomasito, el loro millonario. Y lo peor es que lo han asesinado en mi propia casa. De modo que tengo puesto todo mi orgullo en el descubrimiento de este crimen.

—En todo lo que pueda ayudarte, cuenta conmigo —dijo Probeta, con afecto y sinceridad.

Entonces Nap sacó de su bolsillo un frasco largo y angosto, lleno de píldoras negras, y se lo tendió a Probeta, que lo miró a la luz unos cuantos segundos y se encogió de hombros enseguida, como diciendo que aquello no le decía absolutamente nada.

—Me interesa conocer la composición de esas píldoras y todo lo que con ellas se relaciona —dijo Nap.

—¿Ahora mismo? —preguntó Probeta.

—Ahora mismo, doctor. Es algo urgente.

—Está cerrado el Instituto —dijo Probeta—.

Tendremos que entrar por una puerta particular y dar la vuelta a todo el edificio antes de llegar al laboratorio. Además, esto va a tardar mucho, me imagino, porque aunque aquí contamos con todos

los adelantos modernos, estos análisis no son fáciles de hacer, si se trata de ser exactos.

—Te agradeceré que no te niegues —dijo Nap—. Yo esperaré aquí hasta saber los resultados.

—En tal caso, Nap, espérame un minuto, que iré a buscar las llaves.

Y el doctor Probeta salió con sus enormes pasos de gigante. Volvió con un manojo de llaves, y le pidió a Nap que lo siguiera. Abandonaron el pabellón, cruzaron el jardín, entraron en el Instituto y empezaron a recorrer interminables corredores. Había un olor muy fuerte a ácidos picantes, a medicinas, a alcohol, a éter. Se detuvieron ante una enorme puerta de hierro, que crujió sonoramente al abrirse. Cuando Probeta encendió la luz, Nap pudo admirar el laboratorio, una vasta sala repleta de aparatos de vidrio, de máquinas extrañas, de frascos, de cajas de metal con sus etiquetas.

—¡Lindo laboratorio! —dijo Nap—. Aunque tantas veces he tenido que recurrir a ti, Probeta, nunca había puesto los pies aquí, hasta ahora.

—Y te vas a quedar por mucho rato —aseguró

el doctor—. Si no has comido, tendrás que pasar hambre. Lo que es yo, en cuanto me voy a casa me hago servir la comida, después doy un paseo por el jardín, me acuesto, y me siento, al amanecer, con todas mis fuerzas para el trabajo del nuevo día. Me levanto siempre a las cinco de la mañana. x

—¡Uf! ¡Qué frío! —gruñó Nap—. Yo te confieso que me gusta levantarme tarde. Cuando, por obligación, tengo que madrugar un par de días, duermo después siete tardes enteras.

Y eso fue todo lo que hablaron, pues el doctor Probeta se puso enseguida a trabajar con toda su atención puesta en el análisis. Abría frascos, vaciaba un líquido en otro, encendía un horno, hacía funcionar máquinas eléctricas. Nap estaba profundamente interesado y le seguía todos los movimientos, sin perder uno solo.

“¡Hermosa profesión! —pensó Nap—. Si no hubiera sido detective, creo que con todas ganas habría estudiado para químico.”

A cada instante, el doctor Probeta hacía anotaciones, completamente sumido en su labor, sin preocuparse para nada de Nap, que para no perder

el tiempo reflexionaba acerca del crimen. Dos o tres veces el detective oyó gruñir sordamente al químico, pero no se atrevió a preguntar cosa alguna, porque estaba acostumbrado a respetar el trabajo, tanto el propio como el ajeno.

Pasaron varias horas. De pronto, lejos, un reloj dio tres campanadas. Entonces el doctor Probeta se irguió de entre unos frascos llenos de líquidos y murmuró:

—Felizmente, mañana es domingo, Nap, y podré descansar. Ya son las tres de la mañana.

Y siguió trabajando. Cuando el reloj dio las cuatro, el doctor se volvió repentinamente hacia Nap y le dijo:

—No ha sido fácil, como has visto. Se trata de una composición química muy extraña. Estas píldoras tienen el poder de hacer dormir cuando se las toma en pequeñas dosis. Tal vez media píldora, o menos. Provocan un sueño parecido a la muerte, porque paralizan por completo casi todos los órganos. En dosis mayores, dos píldoras, por ejemplo, causan la muerte inmediata.

—Es todo lo que necesitaba saber —dijo Nap,



lleno de repentino buen humor.

—En tal caso, nos vamos ahora a dormir —dijo Probeta.

Y así fue, en efecto, pues al cabo de tres o cuatro minutos el automóvil de Nap emprendía el camino de regreso.

Cuando Nap abrió la puerta de su casa, Moisés saltó a su encuentro:

—¡Creí que no regresaría nunca! —murmuró—. ¡Qué espantosas horas he vivido esperándolo!

Nap sonrió bondadosamente y dijo:

—Ha sido una suerte, Moisés, que no se te haya ocurrido seguir una pista para descubrir mi paradero. ¡Buenas noches! Ahora podremos dormir tranquilos los dos.

Un cheque de importancia

Pasaron dos o tres días sin novedad alguna. Los diarios y las estaciones de radio continuaban haciendo las más inverosímiles conjeturas. Nap, ahora de muy mal humor, no quería hablar con nadie. De vez en cuando salía y regresaba tarde a casa. Moisés no se atrevía a hacerle la menor pregunta, pues el detective andaba con una cara espantable.

“¡Terrible profesión la nuestra! —pensaba a solas Moisés—. Todo el mundo quiere que uno descubra los misterios apenas se presentan, como si se tratara de una adivinanza de salón. ¡Y nadie sabe cuántos problemas hay que resolver para llegar a la pista segura!”

Al final de una tarde sonó el teléfono y Moisés le anunció a Nap que le llamaba el gerente del Banco de Animalandia. Nap habló dos o tres palabras, colgó el fono y tomó su sombrero. Poco después su ayudante oyó partir el automóvil.

“¡Pobre jefe! —pensó Moisés—. A lo mejor no ha pagado alguna letra y le van a exigir la cancelación inmediata. Si es así, le ofreceré mis ahorros, que aunque no son muchos, de algo pueden servirle.”

Pero en el Banco de Animalandia necesitaban a Nap para algo muy diferente, por cierto. Un pato canoso, miope, con anteojos de oro, era el gerente del Banco. Recibió a Nap con mucha cortesía y, sin mayores preámbulos, lo puso al corriente de la cuestión.

—Me he permitido llamarlo —le dijo— porque esta tarde hemos pagado un cheque por una suma muy alta, firmado por Tomasito un par de días antes de su muerte. Nosotros no tenemos desconfianza alguna del cobrador del cheque, conociendo personaje de Animalandia, el loro Augustó, uno de nuestros más prestigiosos industriales. Pero, de

todas maneras, hemos deseado que usted, Nap, tenga conocimiento de este hecho, pues en un caso tan misterioso como la muerte de Tomasito, nos parece que cualquier cosa puede servirle a usted para sus investigaciones.

—Yo se lo agradezco, señor gerente, y le aseguro que no se ha equivocado—respondió Nap—. Ahora bien: me gustaría saber si Augusto mantenía algún negocio con Tomasito.

—Dos o tres veces, en algunos años, ha habido cambio de cheques entre ellos, pero siempre por sumas muy inferiores a la actual.

—Dígame, señor gerente: ¿cómo andaban los negocios de Tomasito, y cómo los de Augusto?

—En espléndida forma, Nap. Se trata de dos millonarios emprendedores, principalmente Augusto, y las referencias que puedo dar acerca de ellos no pueden ser mejores.

—Muchas gracias, señor gerente, por haberme llamado para darme esta noticia, que según creo tiene más importancia de lo que parece a primera vista. Lo que me gustaría saber ahora es la dirección de Augusto. Quiero conversar con él

un poco.

—Tiene un palacio en la Avenida La Gallina de los Huevos de Oro. Es a la entrada, en el N° 10.

Nap tomó nota, se despidió del gerente y partió en su automóvil. En el N° 10 de la Avenida La Gallina de los Huevos de Oro le abrió un criado de librea, un pavo de cara muy venerable que tenía todos los gestos de un diplomático. Nap preguntó por Augusto, y el criado le respondió que su amo no recibía, pues se hallaba preparando un viaje.

—Tengo que verle enseguida —insistió Nap—. Llévelo usted mi tarjeta. Estoy completamente seguro de que me recibirá.

Y así fue, en efecto. Augusto se presentó casi enseguida en la salita a que hicieron pasar al detective. Nap le saludó cortésmente y le dijo:

—Lamento haberle molestado en los precisos momentos en que preparaba usted un viaje. Pero se trata de algo urgente. Usted ha cobrado esta tarde un cheque de Tomasito por una suma muy subida. Y yo necesito que me explique usted cuándo y por qué le firmó Tomasito un cheque tan importante.

—Es mucha su osadía, señor —dijo a Nap,



molesto—. Yo soy conocido de todo el mundo en Animalandia y no permito que se me interroge en la forma en que lo veo a usted dispuesto a hacerlo. Si su visita es para mostrarse insolente, ahí tiene la puerta. ¡Fuera de aquí!

Nap se levantó, cerró con llave la puerta de la sala, y lo que entonces sucedió allí no podemos saberlo por ahora. Lo único que se ha podido averiguar a ciencia cierta es que la conversación duró más de una hora, y que al cabo de ella salió Nap sobándose las manos, lo cual ha sido siempre en él, sin duda posible, una de las más grandes demostraciones de regocijo.

Trepó en su automóvil y tomando por la Avenida del Gato con Botas, que lleva fuera de la ciudad, no tardó en hallarse en pleno campo. Todavía quedaba un poquito de sol y unos bueyes terminaban de arar sus campos. En una granja, unos terneros jugaban a los soldados, mientras su padre, el toro, leía los periódicos de la tarde, y la madre, una vaquita blanca, de ojos grandes y serenos, miraba hacia el camino. Uno de los terneros saludó militarmente al automóvil de Nap, y el

detective agitó una de sus manos, respondiendo.

Pero no cabía la menor duda de que Nap iba más lejos, pues tomó una carretera que se perdía entre altos montes. Repentinamente, el paisaje quedó desierto. No se veían casas ni habitantes. Nap dio al automóvil su máxima velocidad.

Después de mucho correr y de tomar caminos diferentes, Nap detuvo su automóvil al pie de un cerro y comenzó a subirlo a pie. Más o menos al llegar a la mitad de su trayecto, se detuvo a mirar la naturaleza y a respirar un poco. Ya había oscurecido. Empezaban a titilar, en el cielo, las primeras estrellas. No lejos se oía el rumor de las aguas de un río. Nap encendió su pipa y continuó su ascensión. Cuando estuvo en la cima, vio a unos treinta o cuarenta metros una casita miserable, de madera. En su única ventana se veía luz. Nap se fue acercando con suma precaución y cuando estuvo delante de la ventana miró hacia adentro. Alguien había allí, de espaldas a la ventana, sentado ante una mesa, en actitud pensativa. La luz venía de una lámpara de minero colocada sobre la mesa. Nap examinó detenidamente el cuarto y vio que en un

rincón había una chimenea diminuta, en la que acababan de encender fuego. Chisporroteaban los leños, quemándose. En un clavo de la pared, junto a la entrada, había una chaqueta corta, de pieles, y encima de ella una gorra con visera. Nap, sin hacer ruido, se apartó de la ventana y se dirigió a la puerta. La tocó levemente y advirtió que estaba abierta. Bastaría empujarla para entrar. Y así lo hizo el detective. La puerta lanzó un leve ruido, y el personaje que se hallaba ante la mesa se levantó con nervioso gesto. Usaba unos anteojos oscuros, lucía unas grandes botas y en el cinturón se veía la funda de un revólver.

Nap se acercó lentamente hasta la mesa, se quitó la pipa de la boca e hizo este extraño saludo:

—Buenas tardes, Tomasito.

El personaje de los anteojos se estremeció visiblemente y, sin decir palabra, se dejó caer en la silla, como agobiado por el peso de un enorme infortunio.

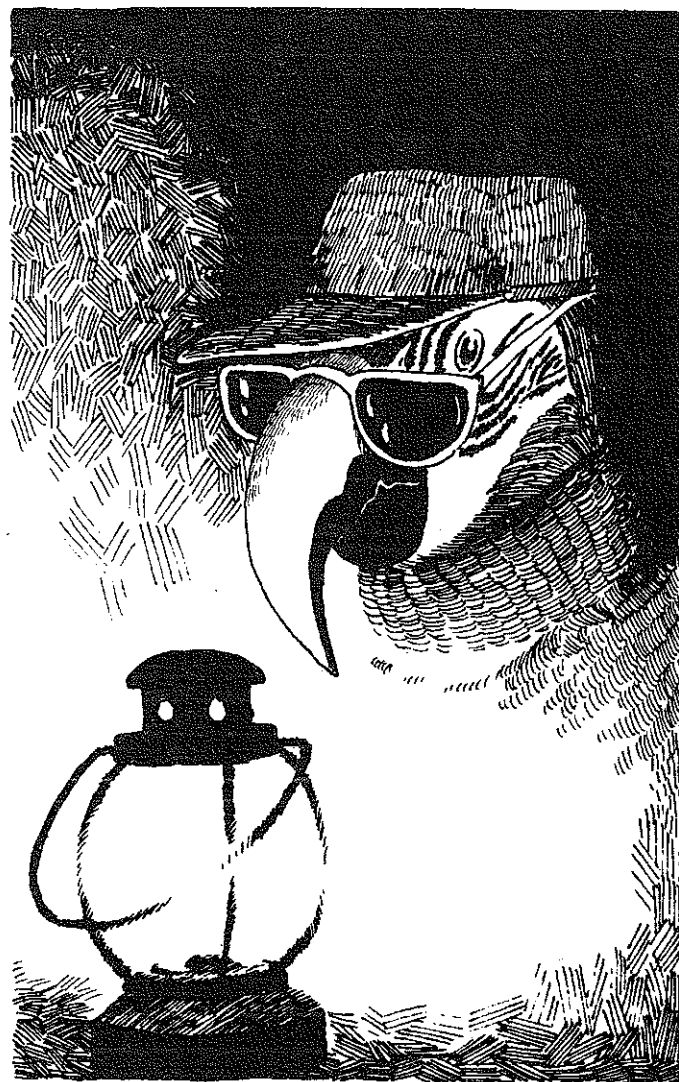
—No quiero comedias —dijo Nap, severo—. Ha llegado el momento de aclarar muchas cosas, y espero que se sienta dispuesto a ayudarme. En

caso contrario, sufrirá las consecuencias. Desde luego, Tomasito, yo le acuso de la muerte de Cora, su criada.

—¡Soy inocente! ¡Le juro que soy inocente! —gimió Tomasito, quitándose los anteojos y tirando como si hiciera un frío muy intenso.

—Eso lo vamos a ver con calma —dijo Nap, apartando un poco la lámpara y sentándose encima de la mesa, que crujió con el peso del detective—. Y para que lo veamos con toda claridad, voy a hacerle un poco de historia, Tomasito. Así verá usted que yo soy mucho menos tonto de lo que usted se había figurado. Resulta, Tomasito, que usted es un gran lector de novelas policiales y siempre se ha reído al ver que en tales novelas triunfan siempre los detectives. Usted se propuso cambiar las cosas, a su manera. Y como es un loro de buen humor, un día le dijo usted a su amigo Augusto, el célebre industrial, con el cual comía en el Club de la Calandria de los Tangos: “El mejor detective que tenemos en Animalandia es Nap. Hasta ahora, todo lo ha descubierto con relativa facilidad. Yo me propongo ponerlo en ridículo, nada más que para

divertirme un poco". Su amigo Augusto, aficionado a las apuestas, le dijo: "Te apuesto, mi querido Tomasito, que no lo consigues. Nap es muy astuto. ¿Acaso te propones cometer un crimen para demostrar que Nap es un pobre infeliz, incapaz de descubrirlo?" Usted, Tomasito, se echó a reír, y le dijo: "Cometeré el crimen más extraño de la creación. Me mataré a mí mismo, y cuando pase el tiempo y nada se descubra, resucitaré y dejaré oír mi risa burlona en toda Animalandia. Y estoy seguro de que no habrá nadie que no me celebre la aventura". La apuesta quedó hecha. Usted, Tomasito, pensó muy bien las cosas y las dispuso lo mejor que pudo. Fue a mi casa una noche y fingió que lo asesinaban en mi propia biblioteca. Para eso abrió una ventana, creyendo que así daría a entender que por allí había entrado el asesino mientras yo me encontraba ausente, despertando a mi ayudante para que le acompañara a usted a su casa, pues usted había recibido unas amenazas muy curiosas. Las hojas de los periódicos en que se le amenazaba a usted las había guardado yo en un cajón. Y cuando las busqué, a mi regreso, al



verlo a usted muerto, las páginas se quemaban en mi chimenea. Esto me dio mucho que pensar. Me dije que el asesino había tenido que estar observándonos desde afuera; pero es el caso que no pudo hacerlo, por la simple razón que los vidrios estaban empavonados, y no se podía ver a través de ellos. Además, la ventana no se abría desde afuera sin romper los vidrios, y los vidrios estaban intactos. Así, pues, descarté la idea de que el asesino hubiera entrado por allí. Y como, de todos modos, no creí en que usted pudiese ser su propio asesino, lo cual resulta extraordinario, dejé que llevaran su cuerpo sin un solo rasguño al Hospital La Paloma del Arca, donde se le haría la autopsia. Y de pronto, he aquí que su cadáver desaparece del hospital. En el suelo no hay otras huellas que las suyas, Tomasito. Y esto, como usted ve, resulta sumamente revelador. A todo esto se comprueba que su empleada, la gallina Cocora, ha sido encontrada muerta. Se le hace un detenido examen y se comprueba que ha sido envenenada. Yo voy y examino su casa, Tomasito. Advierto que usted ha entrado en ella, des-

pués de huir del hospital. Sus pies han quedado estampados en un montón de arena fina que yo he desparramado antes frente a cada una de las puertas. Descubro sus libros policiales y esto me hace pensar que usted se ha propuesto vivir una aventura novelesca. Luego descubro un frasco misterioso en su sala de baño. Lo hago examinar por el mejor químico de Animalandia. Y éste, el doctor Probeta, me declara que las píldoras del frasco sirven, tomadas en mínimas dosis, para provocar un sueño parecido al de la muerte, y en dosis mayores para matar de inmediato a quien las pruebe. Así me explico su falsa muerte, Tomasito, y la verdadera muerte de Cocora.

—¡Yo no soy culpable! ¡Juro que no la he matado yo! —interrumpió Tomasito, llevándose las manos a la cara—. ¡Soy inocente! Yo no he querido sino hacer una simple broma.

—Le ruego no interrumpirme —dijo Nap—. Voy a continuar mi historia. Apenas supe las propiedades de las píldoras, me dije: Tomasito, al venir a mi casa, tomó media píldora del frasco. No corría peligro alguno y, en cambio, fingía una

muerte perfecta. Como es un personaje importante, sabía que se le trataría con miramientos. Antes de hacerle la autopsia, tendría tiempo para despertar, huir y esconderse. Pero al salir del hospital se dio cuenta, por un periódico, de que había muerto Cocora. Sintió entonces verdadero miedo. La muerte de su criada cambiaba todos sus planes. Si no era usted el asesino, se le tendría por tal al ser encontrado. Fue a su casa, buscó dinero y vio que no lo tenía en abundancia. Entonces hizo un cheque y se lo llevó a su amigo Augusto, rogándole que lo cobrara y se lo llevase a usted hasta la mina abandonada en que hoy se encuentra, deseoso de salir cuanto antes al extranjero.

—Yo no he matado a Cocora. Juro que no la he matado —gimió Tomasito—. Todo lo que usted ha dicho es verdad. Yo tomé esa píldora para fingirme muerto, convencido de que su efecto terminaría antes de que me hicieran la autopsia. No me propuse sino hacer una broma y demostrar que el mejor detective puede ser engañado.

—Y ya ve los resultados, Tomasito. Ahora tendrá que demostrar usted que no es el asesino

de Cocora.

El millonario comenzó a sollozar.

—Si hubiera adivinado que todo iba a terminar de esta manera, nunca habría hecho semejante cosa —murmuró Tomasito, con acento de profunda sinceridad.

—Está bien. Yo no creo que usted sea un asesino, y me propongo ayudarle —dijo Nap—. De este modo, me imagino que no volverá a sentir el menor deseo de cometer un crimen perfecto, para ponerme en apuros. Ahora usted depende de mí. Y si le he encontrado a usted, después de conversar con Augusto, el industrial, el cual me lo contó todo, porque le hice ver la gravedad de este caso, así también encontraré al asesino de Cocora.

—Le daré la mitad de mi fortuna —prometió Tomasito—. Yo no quiero que pese sobre mí una acusación tan espantosa.

Nap se quedó pensativo unos momentos.

—¿Cuántas píldoras tomó usted cuando se fingió muerto? —preguntó de repente el detective.

—Media píldora, que llevaba en mis bolsillos

cuando fui a visitarle esa noche a su casa —respondió el millonario—. El resto de la píldora lo eché a las aguas del río, cuando me dirigía a la calle Bambi.

—Pues bien: en el frasco faltan tres píldoras —dijo Nap—. Una es la que empleó usted; las otras dos han sido las causantes de la muerte de Cocora.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó Tomasito, levantándose, presa de enorme agitación—. Ese frasco lo tenía yo escondido en mi sala de baño. Alguien ha entrado en mi casa y le ha dado las píldoras a Cocora.

—¿Sospecha usted de alguien? —preguntó Nap.

—De nadie —respondió Tomasito—. Nadie sino yo conocía la existencia de esas píldoras. Para mí, el que hayan sido encontradas y enseguida empleadas para matar a Cocora es un misterio impenetrable.

—Lo descubriremos —dijo Nap—. Ahora, véngase usted conmigo. Tengo mi automóvil al pie del cerro.

Se aclara el enigma

Cuando llegaron a la ciudad, Tomasito quedó detenido, por orden del juez, en su propia casa. Se puso una fuerte guardia ante las puertas y fue estricta la prohibición de que nadie entrara o saliera, salvo aquellos que pertenecían a la justicia.

Se careó a Tomasito con su amigo Augusto, el industrial. Se comprobó que, en efecto, el millonario Tomasito no había pretendido hacer sino una broma. Su propósito era aparecer después y revelar que Nap había sido incapaz de descubrir el misterio de su muerte.

Pero cuando Tomasito supo que había muerto

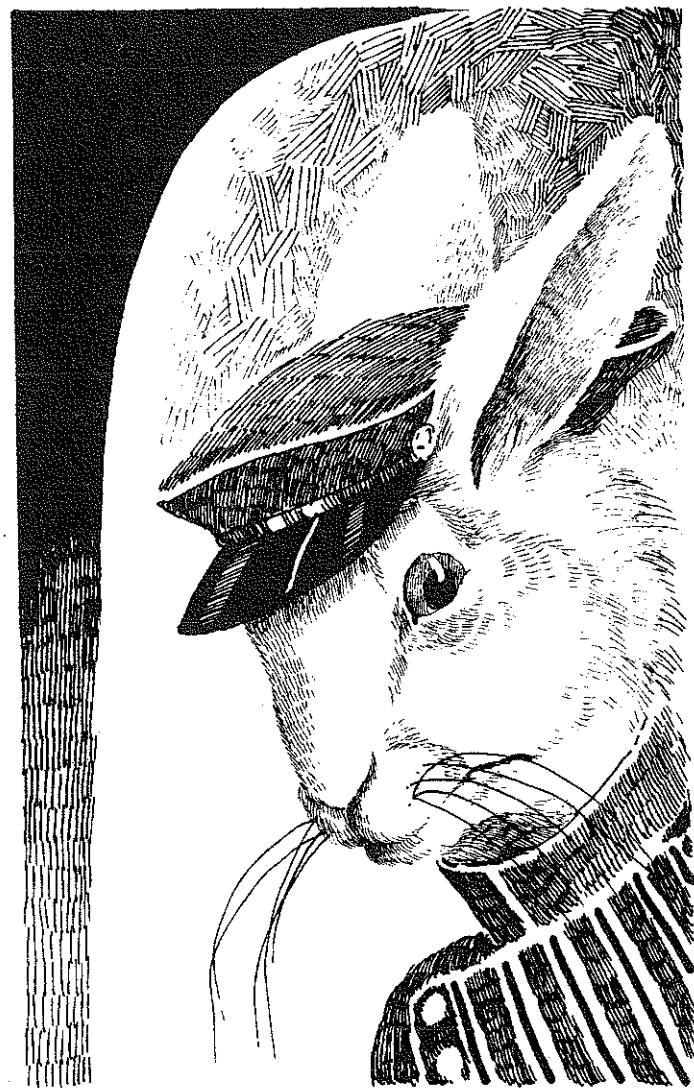
Cocora, su empleada, se espantó.

—Si no se explica el misterio de su muerte —le había dicho Tomasito a su amigo el industrial—, la culpa recaerá sobre mí. Debo escapar. Te daré un cheque por una fuerte suma, lo cobrarás, y con ese dinero podré salir, disfrazado, del país. ¡Mi vida ya está irremediablemente perdida!

Entretanto, el enigma de la muerte de Cocora no se aclaraba. Y Tomasito sufría indescriptiblemente, sintiendo que todas las sospechas recaían sobre él.

Sin embargo, dos o tres tardes después de haber aparecido Tomasito, y cuando el juez se encontraba interrogándolo en su propia casa, apareció Nap en compañía de un desconocido, un conejo llamado Roca. Desempeñaba el cargo de portero en la casa de enfrente a la de Tomasito.

—La casualidad me ha hecho interrogar a este portero de la vecindad —dijo el detective—. Y lo he traído conmigo, porque es muy posible que él nos pueda aclarar el enigma de la muerte de Cocora.



—Tome nota de lo que va a declarar este conejo —dijo el juez a su secretario.

Y el conejo Roca empezó a contar la historia siguiente:

—A pesar de que hacía un fuerte viento esa noche —dijo el conejo—, yo me encontraba en la puerta de la casa. Vi salir a Tomasito y me extrañó que lo hiciera a pie, cuando posee uno de los más hermosos automóviles del país. Poco después, algo así como cinco minutos, nada más, vi aparecer a Cocora, que, como todas las noches, venía a cerrar con llave la puerta de la casa.

—Tu patrón ha salido —le dije, después de saludarla.

—Todas las noches sale —respondió Cocora—. En cambio, yo tengo que irme a la cama y me siento desesperada.

—¿Por qué, Cocora? ¿Te ocurre alguna desgracia? ¿Puedo ayudarte en algo?

—Sufro de insomnio —me dijo Cocora—. Todas las noches tomo una píldora para dormir, y esta noche no tengo ninguna.

—Acaso tu patrón las tenga —le dije—. Si quieres, te ayudo a buscarlas.

—Te lo agradeceré mucho —me dijo—. Yo tengo miedo de elegir alguna píldora que me envenene.

—Subimos a la casa de Tomasito. Cocora me dio una copita de vino añejo, conversamos un poco y después nos fuimos a buscar la píldora para el insomnio.

—Esas cosas se guardan en el dormitorio o en la pieza de baño —le dije a Cocora.

—Y, efectivamente, en la pieza de baño encontramos, escondido entre otros frascos, uno que contenía unas píldoras negras. Yo le dije a Cocora que esas píldoras servían seguramente para dormir.

—No creo que tu patrón guarde venenos aquí —le dije.

—Por cierto que no —respondió Cocora—. Tomaré dos píldoras. Seguramente me harán dormir. ¡Buenas noches, Roca, y muchas gracias!

—Cocora se tomó las píldoras, y como la dosis era muy fuerte, murió —dijo Nap, echando por

las narices una columna de humo, pues, como de costumbre, se hallaba fumando su vieja pipa.

Tomasito fue dejado en libertad, y poco después salió a hacer un largo viaje por el extranjero. Su desgraciada aventura le hizo perder su carrera política y, además, el buen humor.

Entretanto, Moisés, el ayudante de Nap, pasó unos días de absoluta dicha. En todos los diarios se habló mucho del caso, y más de una vez apareció la fotografía de Moisés en la primera página de *El Ratón Agudo*.

—Creo que también me estoy haciendo famoso —le dijo a Nap.

—Para eso, Moisés, tienes que instruirte un poco —respondió el detective—. Esta noche te leeré un capítulo de la *Introducción a la Historia de Animalandia*. Y espero que no te duermas mientras leo.

—Prefiero mil veces no alcanzar la fama —rezongó Moisés entre dientes, muy bajito, temeroso de que Nap le oyera.

Pero el detective estaba ocupado en algo muchísimo más interesante: cargaba su pipa y se disponía a fumarla con su acostumbrada satisfacción.